



PALOS DE CIEGO

GACETA



Nº 1

ENERO 2026

WWW.PALOSDECIEGO.ES

EDITORIAL

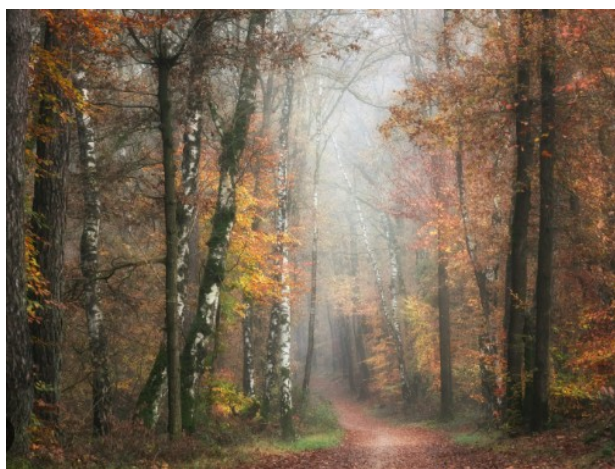
Una mirada al campo

El campo se vacía en silencio. Las aldeas se apagan, los caminos se cubren de maleza por desuso, los aperos se herrumbran en los pajares, el adobe llora cuando llueve y nadie lo calma. Aun así, la vida se abre camino: en las manos que siguen sembrando pequeños huertos de hortalizas, en quienes restauran una casa abandonada huyendo de la ciudad, en los vecinos que se saludan en las solitarias calles, en la partida a mediodía, en la cultura que busca huecos por donde colarse.

La despoblación y el abandono rural ya no son titulares: son heridas que sangran. Durante décadas se nos vendió el bienestar, una mejor vida en ciudades iluminadas, y lo aceptamos mientras se desmantelaban escuelas por falta de niños, consultorios por falta de médicos y trenes por falta de viajeros. Hoy, la montaña, la tierra y el río piden otra vez que los miremos de frente, sin romanticismo, con respeto.

Palos de Ciego nace para eso: para observar, escuchar y contar. No solo la pérdida, también la resistencia y la renovación; no solo el silencio, también las voces que, poco a poco, llenan de nuevo las plazas vacías. Cada número quiere ser un espacio donde la actualidad, la cultura, la memoria y la vida rural dialoguen sin complejos.

Porque no hay futuro posible si seguimos dándole la espalda al entorno rural. Y porque, a veces, dando palos de ciego, también se acierta.



CONTENIDO:

INEFABLE

EL MIRLO

EN LA COCINA

ESTIRANDO EL LIBRO

FUEGOS

LA Balsa del Condado

POBREZA ENERGETICA

SALON CON TELEVISOR

UN NIDO

!UN PALO, UN PALO!

AMANCIO GONZÁLEZ

C. FLANTAINS

ALICIA

LUCIANA PEREIRA

MIRVA VALDEBURÓN

ALBERTO CENTENO

INES

CONCHA LUCAS

MONSE ROBLES CASTRO

IGNACIO CHAVARRIA

ILUSTRES INVITADOS: AMANCIO GONZÁLEZ

Amancio González

Escultor. Leones, oriundo de Villahibiera de Rueda. No se me ocurre mejor presentación para él que las palabras del maestro Gamoneda después de tener ocasión de ver alguna de sus esculturas en la sala sita en Casa de Carnicerías.

“Percibí intensamente un espacio artísticamente habitado, o, lo que es lo mismo, una conducta inquietante (significativa sin explicaciones, armónica y violenta al tiempo) del volumen obtenido en la lucha y en un pacto escultórico entre el creador y la madera que aún se manifiesta como árbol. El resultado era... clamoroso. Quiero decir: extremado, represadamente convulso y con un algo que propendía a representar lo que por sí mismo no tiene forma: la fuerza, la desmesura, el dolor.”



Es más que probable que La Verdad habite en su trabajo.
Qué más se puede pedir.

Palos de Ciego, Enero 2026



INEFABLE *AMANCIO GONZÁLEZ*



Inefable

En la fuente de las ranas ya no hay ranas, pero el agua que la salpica sigue marcando el tiempo con la prisa de un reloj que perdió sus agujas con la certeza de que regresaran algún día.

Regresar al lugar donde un día fuimos, es caminar también hacia adelante como un animal cansado, pocas cosas me desperezan tanto como el olor a infancia, la memoria de una sed antigua se impone y repaso como en un museo cada uno de los escenarios que me atan a ese territorio.

Las ranas te miran antes de saltar y yo me agarro como puedo al niño que fui para volverlas a ver, al fin y al cabo, los ojos que las vieron asombrados por primera vez son los mismos que me han traído hasta aquí, hasta este ejercicio de nostalgia apresurada que intenta no caer en la emoción. Nací en un pueblo pequeño, agrícola y ganadero que practicaba una economía de subsistencia durante el día y durante la noche soñaba.

Debería de haber ranas en la fuente de las ranas, ya no soy un niño eso lo sé, pero el niño que fui estuve allí y no se ha ido.

Inefable es la palabra que no se puede explicar con palabras.

EL MIRLO C. FLANTAINS

Tu suerte es un pájaro que tiene
el secreto entre las plumas y canta
mudo una canción desesperada,
viene de la montaña de la llanura
de lejos y de cerca viene,
allí está su casa y cuando se asoma
a mi jardín cualquier tarde, sé si me
busca porque no vuela, acontece para
graznarme en la garganta una
canción oscura que comprendo
a medias como a la vida.

Amo a ese pájaro
es la puerta del misterio
el epicentro de toda maravilla.



EN LA COCINA ALICIA

Antaño se hacía la vida en la cocina. Era el corazón de la casa; no había salas de estar como hoy en día, al menos en mi casa era así, y no era por falta de espacio.

Tenía, en la planta de arriba, cinco habitaciones enormes y en la planta de abajo otra habitación, el cuarto de la calefacción que está justo debajo de la escalera, el comedor que se usa para comer solo en los días de fiesta, la despensa donde se cocina en la de butano y el baño que es del mismo tamaño que mi cocina y mi salón juntos.

Las familias también eran grandes o, por lo menos, estaban compuestas de muchos miembros; en la mía, concretamente, y depende del día, en la misma casa podía haber 15 almas a la vez en la cocina. Era un trasiego constante de gente entrando y saliendo de ella, lo cual hacía la convivencia bastante insoportable. Solo había paz a la hora

de la siesta, ese momento en que yo quería salir a jugar a la calle y mi abuela no me dejaba porque calentaba mucho el sol, así que me quedaba en la cocina encerrada viendo la telenovela Cristal, mientras ella terminaba de fregar los cacharros. Después se quitaba el babi de flores, se sentaba en su silla, siempre en la misma, en el mismo sitio al lado de la económica, y se quedaba dormida con sus manos entrelazadas encima de su regazo y la cabeza hacia abajo como si estuviera rezando, y al tercer ronquido, yo me escapaba muy sigilosamente a la cuadra donde me esperaban las vacas.

Era todo bastante estricto y caótico a la vez.

Todo el mundo nos sentamos a la mesa a comer o a cenar, en aquella mesa de madera enorme, cubierta con un hule que, pobre de ti si cortabas chorizo y cortabas el hule... Alrededor de la mesa, el escaño, también de madera enorme en forma de ele con sus colchonetas de cuadros.

Lo primero, se bendecía la mesa; lo segundo, cada persona se sentaba en su sitio y siempre en el mismo y te ponías a comer y podían suceder 2 cosas: silencio absoluto, todo el mundo mirando el parte de la primera cadena, o se armaba el belén y volaban tenedores o cualquier objeto que estuviera en



la mesa, empezaban las voces y todo el listado de insultos e improperios y seguidamente los portazos o las hostias y cuando esto sucedía se rompía la tercera norma, que era que no te podías levantar de la mesa hasta que no terminaran todos de comer. Bueno, las mujeres sí se encargan (entre otras 500 cosas más) de servir la comida, recoger y fregar.

Cuando murió la tía, la dueña de la casa, y unos años más tarde mi abuelo, cada uno hacía ya lo que le daba la gana... Creo que esto marcó el inicio del cambio.

Cuando mi abuela vivía, la casa siempre tenía todas las puertas literalmente abiertas; sin embargo, ahora, si no hay nadie en casa, casi siempre están cerradas a cal y canto. Al principio siempre me olvidaba de llevar las llaves para poder abrir; ahora ya me he acostumbrado a llevarlas.

En la cocina ya no hay tanta gente; como mucho nos juntamos cinco (excepto en la fiesta de Reyes o de San Roque), y son los hombres los que hacen la comida, friegan los cacharros y recogen.

La cocina, aquel corazón ruidoso, es hoy el testigo silencioso de un tiempo que se fue y un recuerdo constante de lo mucho que hemos cambiado.





PALOS DE CIEGO
GACETA

ESTIRANDO EL LIBRO LUCIANA PEREIRA

Me encuentro dando vueltas al libro como si estuviera en el súper de Boñar “El Lozano” escudriñando los ingredientes de un tomate frito que no me decido a llevar. Repentinamente, caigo en la cuenta de cuánta información contiene, aparte de lo que quiso escribir la autora o autor:

“Narrativa hispánica. Alfaguara. 19,90 €”. Las siglas *FSC*, con la leyenda *Bosque para todos para siempre*. Otra información adicional y subliminal: el autor, en este caso, figura en la cubierta mucho más grande que el título. Y ya si voy a la página de créditos, la cabeza me da vueltas, y descubro, entre otras muchas cosas, que Alfaguara ya no es Alfaguara, es Penguin Random House, la editorial más grande del mundo. **Me imagino a esta editorial como un estómago que no para de engullir editoriales, y que un día, por lógica, necesitará una operación de reducción de estómago.**

Leí hace poco, en alguna parte, que el libro tiene forma de puerta, con todo lo que eso conlleva. Y es que la puerta, aún no recogiendo ninguna información como lo hace un libro, contiene un gran simbolismo en sí misma y, por el contrario, el libro no, lo que convierte a la puerta en un objeto mucho más interesante; tanto es así que, probablemente, en un ideograma, la puerta sería el centro y el libro sería un elemento secundario pululando alrededor.

Pienso muchas veces en el protagonista de Novela de ajedrez. Al tipo le encierran durante meses en una habitación con todas las comodidades, pero sin nada, absolutamente nada con lo que entretenerse, ni el capuchón de un bolígrafo, y con una ventana tapiada. Si hubiera tenido una novela, o quizá un libro de poesía, ¿qué habría hecho con él además de leerlo y releerlo? Si lo pensamos bien, las posibilidades son infinitas: aprenderse párrafos de memoria, traducir el libro a otro idioma —quizá un idioma inventado—, intentar leerlo del revés, como aquella vez en que leí un manga empezando por nuestro derecho y la historia se

volvió profundísima, con toques de ciencia ficción y una gran carga apocalíptica. También se podría personalizar el final, enrollar la página de créditos y simular que se fuma, etc, etc.

Sin embargo, cualquiera que se encontrara en esa situación, por mucha carga simbólica que la puerta



tenga, preferiría tener un libro a mano y no un objeto rectangular de dos metros de alto.

Paradójicamente, entretenida en estas reflexiones, apenas he avanzado con el libro que tengo entre manos, y decido salir a ver cómo está la noche. Me encuentro con un sapo y dos luciérnagas. El sapo va y me suelta:

—Lo que quieres decir es que si el libro es un tren regional, la puerta es una parada de autobús.

Me parece bien y asiento.

Las dos luciérnagas no dicen nada, porque las luciérnagas no hablan. Al menos con humanos.

FUEGOS

MIRVA VALDEBURÓN

*Algunas veces salgo hacia las montañas
a mirar a lo lejos.*

*Piso unas lomas donde tierra vieja
se pone hermosa con el sol y veo
subir la sombra por los cuecos.*

*Ando
mucho tiempo en silencio.*

Antonio Gamoneda

Hace tiempo que dejé de obsesionarme con la idea de que, ante cualquier injusticia, yo podía cambiar las cosas. Y no es que haya adoptado una postura conformista o indolente de ver pasar la vida con todas sus



complejidades como si no fuera conmigo. Simplemente me he hecho más consciente de lo que en el ámbito personal uno puede abarcar y lo que en el plano ideal deseamos, pero no podemos controlar.

La ola de incendios que ha calcinado nuestras montañas y ha destruido nuestra forma de vida de modo implacable, me ha provocado un inmenso dolor, un sentimiento lacerante de pérdida de lo esencial, de lo más puro, esa vida sencilla y dura, de viento helado del norte, de olor a leña en invierno y a siega en verano, esa vida antigua que a nadie importa. Esta desolación que siento me lleva a formular la siguiente pregunta: ¿Qué puedo hacer yo?

Tal vez hablar del tema a pesar de ser una simple pueblerina sin formación científica. ¿Por qué? Porque pienso que hay que tomar conciencia de lo que está ocurriendo, no podemos pasar de puntillas ante semejante catástrofe, hay que seguir planteándose por qué a nuestros bosques, que son los pulmones del futuro, no se les da el valor que merecen. Téngase en cuenta que la montaña, su vegetación, las zonas húmedas, las cimas de piedra caliza, cada uno de los ecosistemas que forman nuestros bosques, tienen un papel fundamental en el equilibrio ecológico de modo que

la estabilidad del clima y la sostenibilidad de la vida, dependen directamente de la relación existente entre todos los seres vivos.

La deforestación, fruto de los incendios que hemos sufrido, es un factor que interviene directamente en el desequilibrio ecológico cuyas consecuencias, además del perjuicio que causa en especies animales y la vegetación, son el cambio climático y el calentamiento global.

Es importante tomar conciencia y reflexionar sobre las consecuencias de los incendios de manera global. Concienciar no significa adoctrinar, como se empeñan en repetir cansinamente en ciertos círculos, sino que denota la capacidad de analizar la realidad en todos sus matices para transformarla.

Desde las administraciones se ha menospreciado periódicamente al mundo rural privándolo de valor. A consecuencia de la despoblación masiva, ha ido creciendo un abandono institucional progresivo que se asemeja a una especie de huelga permanente con unos servicios mínimos claramente insuficientes, cuyas consecuencias son: una sanidad precaria, la carencia de infraestructuras, escasas comunicaciones y falta de oportunidades económicas que permitan a los jóvenes ser libres de elegir dónde quieren vivir.

Este abandono se ha manifestado de forma brutal en la gestión de los incendios, hemos de tomar conciencia de la falta de inversión en la conservación de nuestros montes y reflexionar sobre la necesidad imperante de no escuchar a nuestros mayores, cuya sabiduría en materia de conservación de la naturaleza debería de tenerse en cuenta a la hora de sentar las bases de nuestra gestión.

No podemos cambiar desde nuestras acciones individuales la mala praxis y la dejadez institucional en la prevención y gestión de los incendios, pero podemos hablar de ello, debemos seguir hablando de ello, debemos dar a nuestra tierra el valor que merece y no dejar que todo lo ocurrido se difumine bajo el manto del olvido. Quizá debamos escuchar a la montaña.



LA BALSA DEL CONDADO ALBERTO CENTENO

“Muchos vecinos de la zona sienten que este tipo de proyectos se les impone sin debate real. Los procedimientos de información pública se diluyen entre plazos breves y trámites lejanos, excluyendo la participación. Con la maquinaria ya instalada y en movimiento, lo que queda es el silencio resignado del observador que ve su mundo mutar frente a él”.

El invierno se asienta en el Condado, al norte de León, con una quietud espesa y un aire que huele a tierra húmeda y leña. A orillas del Porma, los chopos desnudos dibujan siluetas grises sobre el cielo, y los pueblos parecen recogerse en su propio silencio. Pero este enero de 2026 no forma parte de un invierno cualquiera: el territorio ya muestra las huellas de la transformación. Quien circule por la CL-624, en dirección a Puente Villarente, en el lateral derecho, a la altura del desvío hacia Vegas del Condado, no puede evitar ver las excavadoras, bien paradas, bien removiendo la tierra arcillosa. El ruido grave de los motores anuncia una transformación irreversible. El paisaje, entre heladas y brumas, respira un cambio que ya no es anuncio, sino hecho: materia removida en nombre del progreso.

La Junta de Castilla y León proclama la construcción de una gran balsa de almacenamiento de agua -más de once hectáreas de superficie- destinada a regular el riego que depende del canal de Arriola. Sus cifras prometen beneficios tangibles: 2.804 regantes favorecidos, más de 4.600 hectáreas de cultivo estabilizadas y un horizonte de pleno funcionamiento en 2027. Los discursos repiten las palabras talismán —modernización, eficiencia, ahorro, competitividad— envolviendo el proyecto en un relato de prosperidad necesaria. Pero, bajo este lenguaje calculado, laten hondas dudas: ¿cuál es el coste real, ambiental y social, de esta instalación? ¿Qué supone para los pueblos que viven y respiran en torno a la futura balsa, como Castro del Condado, donde aún se recuerda

aquel tiempo en que se miraba al cielo para sembrar?

Promesa y preocupación se enfrentan en paralelo. La obra, bajo la bandera de “interés general”, busca garantizar agua estable para tiempos inciertos. Pero rara vez este tipo de obras incluye un balance que abarque todos sus efectos. León vive cambios climáticos notorios: inviernos cada vez más áridos, veranos prolongados y extremas oscilaciones que tensionan el equilibrio hídrico. Una lámina artificial de agua, como muestran estudios de entornos similares, puede alterar el microclima local: la evaporación genera humedad y brumas que se adueñarán de



los amaneceres del valle del Porma. Mientras, de noche, el calor acumulado se libera lentamente, impidiendo el enfriamiento profundo del suelo. Así podrá modificarse la temperatura en los alrededores: las plantas y cultivos tradicionales tendrán que adaptarse a estas variaciones, y no siempre podrán hacerlo sin pérdida.

La cicatriz que deja la balsa no es solo visual. El impacto medioambiental de esta obra va mucho más allá de lo visible. El movimiento de tierras cambia la estructura arcillosa y la diná-

¿PROGRESO O CICATRIZ EN EL PAISAJE?

mica del agua en el subsuelo. La vegetación autóctona se arranca de raíz, la fauna se ve forzada a desplazarse hacia márgenes reducidos, arrinconada ante la homogeneidad agrícola que avanza sin tregua. Los acuíferos cercanos pueden verse afectados, modificando la humedad y la disponibilidad de agua incluso en los pozos domésticos. Así que, lo que parece ser un depósito de agua para riego de cultivos, encierra la posibilidad de generar problemas silenciosos que, aunque invisibles, son de gravedad.

En lo social, el impacto es igualmente profundo y más intangible. Muchos vecinos de la zona sienten que este tipo de proyectos se les impone sin debate real. Los procedimientos de información pública se diluyen entre plazos breves y trámites lejanos, excluyendo la participación. Con la maquinaria ya instalada y en movimiento, lo que queda es el silencio resignado del observador que ve su mundo mutar frente a él. La obra no solo impone muros, diques y taludes: interrumpe caminos tradicionales y modifica la relación cotidiana de los vecinos con el entorno.

En los pueblos cercanos a la balsa, donde cada elemento del paisaje tenía un sentido práctico y emocional, la obra se percibe como una solución impuesta, más próxima al cálculo técnico que a la memoria colectiva. La fractura no es únicamente una cuestión ambiental sino también emocional. El proyecto separa dos visiones del futuro. Para unos, es la única senda viable: sin modernización no hay competitividad, sin competitividad no hay relevo generacional, y sin jóvenes agricultores, el mundo rural se apaga. Para otros, la modernización forzada erosiona para siempre un medio natural que sostenía la identidad y la vida. En esta segunda mirada, las tierras y riberas no son meros recursos, sino el entramado físico de la pertenencia.

La dimensión energética añade otra capa de coste: maquinaria trabajando sin pausa, materiales transportados y procesados, bombas y sistemas eléctricos que mantendrán la balsa operativa. Todo ello implica consumo constante, emisiones de carbono y

una contribución indirecta al calentamiento global. Una paradoja: una infraestructura pensada para enfrentar desafíos hídricos que, a la vez, alimenta otros problemas de escala planetaria.

Sin embargo, en medio de estas tensiones, la esperanza no se pierde; la historia del Condado enseña que sus gentes poseen una capacidad de adaptación resistente. Quizás, la clave para que esta obra no sea una herida abierta reside en cómo se gestione. Si junto a la balsa se impulsan medidas como restauración ambiental, recuperación de corredores verdes, educación medioambiental y verdadera participación vecinal, el progreso puede reconciliarse con la raíz natural y cultural del lugar. El futuro que se necesita es el que armoniza el ciclo del agua y la biodiversidad con la vitalidad de la economía rural.

Cuando, dentro de varios meses, la lámina de agua de la balsa refleje el cielo del Condado, ese espejo debe ser también un reflejo de nuestra conciencia y responsabilidad. La tierra no se posee, se habita; el agua no se guarda, se comparte; y el futuro de este rincón de León no depende solo de infraestructuras, sino del amor que sus gentes tienen por la tierra que han heredado.



POBREZA ENERGETICA INES

Ayer falleció el primo de Manolo. Que tú dirás, y a mi qué? Manolo nos trae la leña para calentar la cocina económica y si acaso un trocito de la casa. Porque el resto ya es una especie de capítulo de Supervivientes en el que tienes que ducharte y lavarte el pelo a 13 grados dando gracias y bajar por la mañana a prender la cocina con 5 grados en el piso de abajo.



Sumado a todo lo que llevábamos encima este invierno pusimos nombre, cara y apellidos a la pobreza energética. Hacíamos el tetrís con el poco dinero que teníamos para comprar leña y si acaso llenar solo una vez el depósito de gasoil para tener agua caliente. A mi la gente que me romantiza lo de vivir en un pueblo, o se lo monta muy bien, o tiene un bofetón con la mano abierta en la cara. En realidad todo esto venía arrastrándose

desde hacía ya meses. Meses en los que los del curro despidieron a mi madre, que lleva 35 años en la empresa resolviendo más tomates que los de Orlando (me perdonen la publicidad). Sabían perfectamente que no nos sobraba el dinero. Sabían la gran putada que iba a suponer, y que yo estaba encima enferma entrando y saliendo del hospital. Por lo que mi madre además tenía que guardarse sus preocupaciones para no echarle más leña al fuego, nunca mejor dicho. Escribiría sus nombres y con un escupitajo los metería al congelador. Pero no creo en esas cosas y espero que tengan una jubilación miserable.

A lo que iba, el entierro de las narices. Yo no sabía si ir o no. Sabía de oídas quien era el que se había desempadronado involuntariamente en cuestión, pero no tenía claro ni su nombre ni su cara, y eso que parece ser que vino una vez a casa a traernos fruta de su huerto. Ni puñetera idea Julia. Pero lo que sí tenía claro era que aparecer por allí me requería un esfuerzo y un mal gusto que sencillamente no me daba la gana. Honra a los muertos y cagate en sus huertos. Si se lo merecen claro. Volvió mi madre del entierro y yo con cara de preocupación porque esto de la muerte no es algo de lo que se hable todos los días ni que te lo diga el horóscopo. Y vino que yo no sabía

si se había ido a un entierro o a tomarse tres copazos. Obviamente pregunté, no fuera a ser que se hubiese fumado algo mágico y yo aquí perdiéndomelo. Y me dijo que el entierro pues como todos los entierros, visto uno vistos todos. Pero que lo bien que se lo había pasado no tenía precio. El sepelio podría compararse con la puñetera fashion week de Milán. Porque apareció por allí todo quisqui. Yo, ingenua, no entendía nada. Pa'qué? Pues porque era como ver una re-



vista de esas amarillistas en vivo y en directo y por supuesto comentarla. Estaba el primo de no se quien que vaya pinta, mira esa que le puso los cuernos a nose cuantos, un hijo que no había pisado el pueblo en treinta años completamente desubicado pero ahí tenía que estar y un largo etcétera de comentarios que cada vez que alguien abría la boca subía el pan. A mi nunca me ha importado que hablen mal sobre esto o aquello de lo que hago, si lo hacen probablemente sea porque algo bueno estoy haciendo, ese amarillismo me causaba cierta dicotomía. Pero es cierto que la muerte es una cuestión muy cultural. Recuerdo hacer botellón en mi erasmus en Sarajevo en un parque donde había columpios y pequeños monolitos con gente ahí enterrada. No salía de mi asombro, y de la borrachera tampoco.

Echamos un leño más a la cocina mientras me seguía contando. Entendí entonces el propósito del entierro. Qué otra ocasión más sino iba a ser capaz de reunir a todas las mujeres para ponerse al día de todo lo que concurría en el valle mientras miraban a los demás como si valiesen menos que unas bragas del rastro. Es curioso. **Cuando yo me muera que hagan lo que les salga del higo, pero si, ojala hablen de mi. Y mucho. Resoplé y salio vaho de mi boca, al lado de la estufa y dentro de casa. Una fantasía.**

Me acordé de los psicópatas que nos habían dejado en la miseria y de todos sus muertos, ya que era el trending topic del día. Pero también sabía que teníamos algo en común todos esos que guardamos las sartenes en el horno boca abajo para que entren todas, porque sí mi ciela, si haces eso perdona pero eres clase trabajadora.

Pobreza energética. Pobreza en los huesos. Pobreza y frío. Nadie quiere sentirse pobre. Decir que es pobre. Pero si estas en tu casa (que ojo, al menos tienes casa) y no puedes ducharte porque es posible que cojas una neumonía mientras, puedes decirte pobre. Lo eres. Subí a mi habitación sorteando la lámpara de mi cuarto, que se había descolgado del techo y un agujero que hice en el suelo lleno de carcoma la semana anterior, casi acabo en el piso de abajo. Por fin me senté en el escritorio pegada a un mini calefactor que me permitía sobrevivir lejos de la estufa. Ojalá a los psicópatas que han echado a mi madre les ocurra algo que realmente les ponga en su sitio. Yo no quiero que la espichen, eso sería muy fácil. Yo quiero que sufran. Igual que nos están haciendo sufrir a nosotras. Igual que me están haciendo sufrir a mi cada mañana que bajo a encender la cocina económica con un jersey encima de otro hasta que se caldee la casa. Hay quien me dirá que no pierda el tiempo maldiciendo a gente, que no se merecen mi tiempo. Y sabéis que os digo? Que eso lo decis porque por la mañana no hay 5 grados en vuestra casa. Otra cosa me ha quedado requete clara, el próximo entierro no me lo pierdo por nada.

SALON CON TELEVISOR *CONCHA LUCAS*

“La intemperie es lo ajeno a eso en lo que nos hemos constituido de forma no explícita, eso que nos pone a todos en la plaza a mirar el pinar acojonados porque ha aparecido una columna de humo, es agosto y son las tres de la tarde, joder.”

Este fin de semana he participado en un taller de propuestas y proyectos para pensar formas de habitar lo rural en lo rural, que parece una estupidez, pero es donde más difícil resulta hacerlo por obra y gracia de nuestro querido sistema productivista que nos quiere bien apelonaditos entre el asfalto y el hormigón y nos ha quitado las miguitas para encontrar el camino de vuelta al pueblo.

No hablo solo de normativas, infraestructuras y demás zarandajas pringosas, sino de las dinámicas vitales más elementales.

Ha sido inspirador comprobar cuánta gente hay escondida en los pueblos, no solo al albur de los trinos, los mugidos y las campanas, sino llevando a cabo proyectos y emprendimientos atravesados por el suelo que habitan, que contribuyen a fijar población y a dar vida real a esos entornos para que no se acaben convirtiendo en pueblos dormitorio.

La mayor parte de estos proyectos tienen que ver con la soberanía alimentaria, con la soberanía educativa, con la soberanía sobre el ocio, las relaciones y los afectos, que, cualquiera lo diría, pero están bastante dirigidos.

Cuando me pongo a pensar en el destrozo de la comunidad rural en favor de las concentraciones urbanas, que no comunidades urbanas, el devenir de lo comunitario como un animal residual a punto de extinguirse, la escombrera de las redes necesarias, la desaparición de hábitos y oficios, y que muchas saludables dinámicas han acabado en la cuneta, el volumen del trabajo que queda por delante tumbaría a un ele-

fante y se avista un futuro peliagudo y lejano, una buena travesía del desierto sin cantimplora.

La impronta que el esquema de sofá frente al televisor gigante nos ha dejado, atomizándonos tras nuestra puerta y nuestra hipoteca, verdadero chip requetebién implantado y no el de las vacunas y las dinámicas individualizadoras que este sistema capitalista se ha currado a base de bien, han poblado de neo rurales despistados parte de lo rural, colocándonos delante del bigote lo tarados que andan la mayor parte de nuestros esquemas relacionales.



Esquemas que no tienen que ver con las ventanas a ras de calle por las que cotillear que Indalecia hoy come lentejas, o hace ganchillo,



o que Julián anda arreglando la pata de la silla, o no hay nadie en casa y estarán tomando el chato en el bar, o en el paseo del colesterol.

Dinámicas urbanitas relacionales que se escandalizarían al saludarse sobre la cancela, mientras estás fuera barriendo o regando los geranios, y, por supuesto, nada de llamarte a gritos desde la calle: Ignaciaaaaaaaa, se te ha ido la luuuuuuuuzzzz?

La impronta del sofá frente al televisor gigante, perpetuado en las tiendas de muebles, en los hipermercados de decoración, en algunos grandes almacenes donde nos anuncian que “Ya es primavera” ha impregnado nuestras vidas y, aunque la de ahora sea rural, cuesta volver a reconstruir esa sopa común en la que nadamos cuando vivimos en pueblo, esa sopa que nos reúne los jueves a tomar un vino a las mujeres jóvenes y viejas, a las que van a misa y a las que no van. Para eso siempre hay acuerdo, a preguntarnos entre nosotras, a bajarnos la versión actualizada de las novedades de la semana, esa sopa que nos hace un poco fuertes, frente a la intemperie, sobre todo a la noche, sobre todo en las tormentas, sobre todo cuando hay temporal y el viento parece que se nos va a llevar dentro de la casa.

Esa intemperie que constituye también el foráneo, visillos levantados ante el avistamiento de un coche desconocido que aparca frente a nuestra puerta, ante esa pareja que pasea por la calle y no sabemos de dónde ha salido, ¿será un pájaro?, ¿será un avión?, ¿vendrán a ver a su abuela?

La intemperie es lo ajeno a eso en lo que nos hemos constituido de forma no explícita, eso que nos pone a todos en la plaza a mirar el pinar acojonados porque ha aparecido una columna de humo en el pinar, es agosto y son las tres de la tarde, joder.

No romantizo las relaciones entre vecinos. Soy consciente de que son difíciles muchas veces, y otras horrendas. Sé que hay enconos que abarcan generaciones enteras, que si la linde, que si la valla. Pero también he visto una casa quemándose y en la fila de los cubos estaban todos, ya seguirían la pelea luego, si eso.

Le doy vueltas a las comunidades, a las redes vinculares, a las manías del vecino de enfrente y al cotilleo injustificado y al justificado también. Lo que queda por hacer y lo que ya está hecho. Un trabajo día a día, que nos pone un largo camino por delante, pero que, de momento, nos va a dejar hacer el magosto en noviembre, con sus castañas asadas, sus vecinos y su vino.

Vienen amigos de la capital al evento, flipan con el fuego en directo que les calienta los moquetes y les levanta el flequillo, y el olor a leña, y los dedos negros de las castañas.

Y es que a ellos no les dejan hacer fuego en el portal del bloque.

Yo que sé, en cada sitio una cosa.

UN NIDO

MONSE ROBLES CASTRO

Durante muchos años hemos tenido un nido de “carboneras” sobre una viga, junto a la puerta del jardín. Pajaritos domésticos y fieles, un año tras otro han venido a anidar junto a nuestra puerta.

Es la nuestra una casa en un pequeño pueblo de la ribera del Curueño. Perteneció a mis bisabuelos. Está hecha de adobe y madera y conserva algunos rincones donde aún los pájaros pueden anidar.

“Carbonera, así en femenino, es el nombre con el que se conoce en la zona al colirrojo tizón. Los machos son de un color negro brillante, de ahí su nombre popular, pero cuando levantan el vuelo, despliegan una alegre cola de un rojo pimentón. Las hembras, por el contrario, son de un discreto gris pardo, ningún alarde ni despliegue de alegre policromía. Es la dura tarea de tener que poner huevos sin que te descubra ningún intruso con ganas de tomar un suculento desayuno.

Durante el verano, la feliz, y creo que fiel, pareja pasaba toda la jornada yendo y viniendo constantemente, padre y madre sin interrupción, con intervalos de pocos minutos, llevando alimentos a su hambrienta prole. Los pollos, en número de tres o cuatro, eran un permanente saco sin fondo, siempre con el pico abierto, anhelantes, esperando la llegada de sus progenitores cargados de suculentos y jugosos “bichos”.

Era un entretenimiento cotidiano el incansable ir y venir de los pajaritos, hasta que en agosto, ya barruntándose el final del verano, los pollos, tan gordos ya que no cabían en el nido, se colocaban en fila sobre la viga. Esto era un espectáculo porque la viga está a muy poca altura, tanto que po-

niéndose de puntillas, casi se podían tocar. Mi hijo, que es muy alto, sin duda podría tocarlos si quisiera (y yo lo permitiera). Y un día, de repente, todos salían con alegre algarabía, revoloteando por el jardín. Volvían de vez en cuando en los días sucesivos, hasta que poco a poco desaparecían. Aunque siempre quedaban carboneras revoloteando por la huerta. Ya todas similares, no sabíamos si padres o hijos.

Pero desde hace dos o tres años han dejado de anidar. El nido permanece vacío. No sabemos la razón. Tal vez hay demasiadas fiestas veraniegas, barbacoas, paellas, música... Ya se sabe, el verano es para la alegría y el bullicio, la convivencia familiar y con los amigos... No se puede tener



todo. Si hay fiesta, no hay pájaros.

Hace cosa de una semana, nos reunimos todos los primos por parte de mi padre, somos ocho con sus respectivas parejas, para celebrar nuestra paellada anual. Y uno de ellos, justo el que estaba con una gran paleta de madera removiendo la paella, va y me dice: "No sé qué pasa, pero hay

un pájaro que está revoloteando todo el rato por aquí, como si buscara algo". En ese momento no le presté mucha atención. Yo estaba pendiente de las cervezas, el picoteo y la charla con la familia.

Me olvidé completamente del tema, hasta que ayer mismo, estando yo sentada, al final de la tarde, a la sombra del saúco, vi carboneras entrar por debajo de la galería, justo en el lugar donde estaba el antiguo nido. Se encendió una bombilla en mi cabeza y un resquicio de esperanza. ¿Y si habían vuelto a anidar? Me acerqué con sigilo... y por entre las pajitas, entreví una pequeña cabecita grisácea con un pico muy fino y un ojo negro y brillante que me miraba fijamente..

¡Habían vuelto! ¡Zafarrancho! Había que proteger la nidada. Desde hoy, prohibido entrar y salir dando golpetazos a la puerta, nada de gritos y de quedarse parados junto a la entrada. Hay que entrar y salir lo más ligero posible y sin armar alboroto. Y las paellas y barbacoas se harán bajo otra galería.

Las viejas casas de los pueblos están llenas de rincones, huecos, salientes, viejas tejas, ventanas rotas que dan a oscuros desvanes, portales por donde antes entraban los carros y el ganado, rugosidades varias en los muros que son el lugar ideal para que puedan vivir o anidar todo tipo de aves y... murciélagos.

Sin embargo, en nuestros modernos y elegantes chalés o nuestras restauradas casas de campo, no hay lugar para ellos. Todo es demasiado liso, perfecto, barnizado, metálico, brillante. Nada donde se pueda apoyar un nido, ningún hueco bajo teja para ruidosos pardales. En las vigas bien barnizadas no se sujeta el barro de los nidos de golondrinas y los murciélagos no tienen ningún lugar oscuro y secreto donde refugiarse durante las horas de sol.

Nuestra casa es antigua y no está muy restaurada. Tenemos la suerte de vivir en una vivienda amiga de los pájaros y nosotros también somos sus amigos. Desde la vuelta de las carboneras todos estamos contentos porque hemos recuperado a nuestros amigos emplumados. Los trataremos bien para que regresen en años sucesivos.

!UN PALO, UN PALO;

IGNACIO CHAVARRIA

Son las tres de la mañana. Me he despertado de golpe con la boca pastosa, la nariz reseca y una voz en mi cabeza:

¡Un palo, un palo!

Qué cabrón es el subconsciente... ¿o tal vez el inconsciente? A saber. Ambos juegan en mi contra: aparecen en medio de la noche y me incomodan con sus cosas.
¡Un palo, un palo!

De pronto, esas palabras rasgando mi sueño, imponiendo la vigilia. ¿Qué anunciaba esa publicidad? Por mí, como si vendían palos. Pero no, ya es tarde: ahora me taladra el cerebro ese maldito niño ilusionado.

Enciendo la luz, me incorporo. La luz azul del móvil me hiere con su impertinencia. Escribo: *Un palo*. El cerebro no me da para más, nunca da para más, ni en su mejor versión.

La pequeña pantalla empieza a escupir con incontenencia su habitual verborrea de datos sin sentido: «*pieza de madera u otro material, mucho más larga que gruesa, generalmente cilíndrica y fácil de manejar*». «*Cada una de las cuatro series en que se divide la baraja de cartas*». «*Golpe que se da*». «*Cada una de las variedades tradicionales del cante flamenco*». «*En fútbol y otros deportes, golpe del balón contra el marco de la portería*». «*Robo, atraco*». «*Coito*». «*Maderos que se colocan perpendicularmente a la quilla de una embarcación, destinados a sostener las velas*» ...

Sí, vale, una acepción muy rica en significados, pero no es lo que busco. Algo en mi cabeza ha encontrado conexiones que solo la cuántica puede explicar. *Un palo*.

Y de pronto lo veo: esa reunión con mis amigos de la urbe antes de venir al pueblo, ese brindis: *Por el nuevo paleto*.

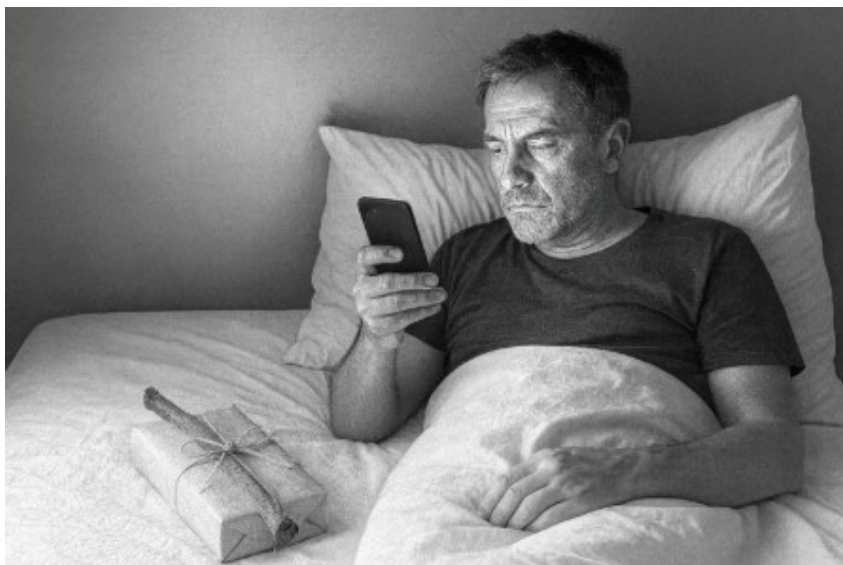
Paleto: un hombre con un palo. Me descojono. Me reclino en la cama, apago la luz y dejo mi mente volar.

Enseguida me visita la Isidora de Pérez Galdós con su eterno desprecio a la gente de pueblo, perdida entre cafés y fondas sin entender nada. Me convierto en el Manuel de Baroja, desorientado en las calles del foro. Siento las burlas por mi acento cerrado en el café de *La colmena* de Cela. Soy uno de *Los olvidados* de Buñuel y un santo inocente, con mi *Milana bonita* al hombro, intentando escribir mi nombre con caligrafía infantil para los señoritos. *Qué bien*

enseñados estamos, qué buen adiestramiento.

¡Un palo, un palo!

Hay algo más, algo que se revuelve y tiene que salir antes de poder volver a dormirme. No es ese inocente Paco Martínez Soria de comedia de destape, bonachón, ignorante de los códigos urbanos, pero que acaba resolviendo los problemas con su sentido común. No son los 80, no es Ozores, ni Esteso ni Pajares. No es el chulo de pueblo de Bigas en *Jamón, jamón*. No. Hay alguna conexión ahí que trajo el palo a mi mente y lo enlazó con *paleto*. Alguien inculto, simple, en la acepción más dañina de la palabra. Al-



guien a quien se puede engañar. Alguien a quien le envuelves un palo en papel de regalo y le das la alegría de su vida.

¡Un palo, un palo!

Sí, eso es. Ya sé qué anunciaba el spot, ya sé quién hay detrás que me quita el sueño. Y sé qué es lo que me desvela: el juego del trilero. Por aquí te enseño la vida de color rosa y llena de frescas burbujas; por detrás están los intereses económicos que me impiden denunciar un genocidio.

Sí, ¡qué palo tan bonito! Al fin y al cabo, ¿quién no necesita un buen palo para andar por caminos pedregosos?